



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



| | |
|-----------|--------------------------|
| FONDO | BEATRIZ DE LA FUENTE |
| SERIE | 007; ESCRITOS ACADEMICOS |
| CAJA | 020 |
| EXP. | 044 |
| DOC | 1 |
| FOJAS | 1-18 |
| FECHA (S) | 2003 |

Entregado para publicación el 20 de octubre de 2003
para Jornadas académicas en homenaje a Eduardo Matos
Moctezuma, Museo Nacional de Antropología, 20-24 de
octubre de 2003

VISIÓN HISTÓRICA DE EDUARDO MATOS
SOBRE LA ARQUEOLOGÍA MEXICANA

BF7C20E4DIFI

Beatriz de la Fuente
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

... desde Tenochtitlan -y a diferencia de Mitla, de Chichén, de Teotihuacan, conservadas en el frigorífico de los siglos-, ha sido el destino de México sobrevivir a costa de transformarse.

Salvador Novo, *Nueva grandeza mexicana*, 1946.

I. *A modo de introducción*

Insignes y numerosos han sido los personajes preocupados, desde hace más de dos siglos, por conocer el pasado prehispánico de México y de ahondar en él de manera pausada y reflexiva. Uno de ellos, el más cercano a nuestros tiempos, es Eduardo Matos Moctezuma.

Arqueólogo de profesión y formación, ha sabido poner en la balanza la labor de investigadores pasados y contemporáneos, tan disímbolos y contrarios como José Antonio Alzate, Manuel Gamio, Alfonso Caso, Jorge Acosta, Pedro Armillas e Ignacio Bernal, por nombrar sólo algunos. El hecho de encontrar el equilibrio entre ellos se localiza, sin duda alguna, en el afán de Matos por congujar teoría y práctica, por unir las tareas de excavación a las de escritura y, con ella, divulgar los resultados a que llega con sus estudios.

II. *Los antecedentes*

La aventura vital de Eduardo Matos inició el año de 1959, cuando ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Buscaba ser

arqueólogo. Su estancia como alumno sufrió toda suerte de altibajos, de tomar y rechazar diferentes propuestas de análisis; y vale decir que aún no concluye ese proceso formativo, pues siempre está abierto a nuevas ideas y conceptos explicativos. Recuérdese, asimismo, que a partir de la segunda mitad de la década de 1950 e incios de la de 1960 sucedieron muy diversos acontecimientos en el mundo, que se resintieron en la educación impartida en México, según el propio Matos ha expresado en algunas ocasiones.

Fue cuando triunfó la Revolución Cubana, movimiento social con el que la juventud de entonces se identificó de inmediato. De tal suerte, las ideas marxistas se pusieron en boga tanto en el quehacer intelectual como en la práctica política que iba aparejada, en aras de la toma de conciencia y de hermandad de los pueblos latinoamericanos.

La Escuela Nacional de Antropología e Historia no escapó a ese sentir y el marxismo arraigó, con profundidad, en las explicaciones antropológicas y arqueológicas basadas en la dialéctica, la lucha de clases y toda una interminable serie de argumentos derivados de las propuestas principales de dicho modelo teórico. Las teorías marxistas fueron, pues, ampliamente recibidas, aceptadas y aplicadas... hasta que llegaron otras. (A la vuelta de los años todavía se recuerda ~~con cierto dejo de burla sutil~~ que en la Escuela se estudiaban materias tales como Marx 1, Marx 2, Marx 3, Marx 4, mezcladas con Capital 1, Capital 2, Capital 3, etcétera.)

Sin embargo, la Arqueología atravesó por un derrotero particular en el que se deseaba llevarla a otros ámbitos, más amplios, de explicación de los fenómenos culturales.

Por un lado, las ciencias sociales pasaban por una etapa de crisis, en que se replanteaban la renovación de sus motivos, enfoques, contenidos, resultados

y había incluso intentos de predicción de los fenómenos sociales mismos. Acorde con esos nuevos aires, llegaron a México diversas obras de historiadores, antropólogos, lingüistas y arqueólogos, las cuales dieron impulsos renovados a las escuelas de educación superior, como la mencionada ENAH.

Tal es el ejemplo que proporcionan Vere Gordon Childe y Louis Althusser. En sus trabajos se percibe con gran énfasis la concepción dialéctica acerca de la Historia y la Sociología, asunto que imprime una dinámica distinta a la percepción y explicación de los procesos culturales. La intención era, comprender al hombre en forma integral, donde Historia y Sociología trabajasen de modo interconectado, y mejor si lo hacían unidas a las demás ciencias humanas –como Filosofía, Lingüística, Economía, Antropología y, por supuesto, Arqueología– en pleno modo interdisciplinario.

Por otra parte, en la ENAH ocurrió el tránsito de reconocidos maestros – nombremos, de entre varios, a José Luis Lorenzo, Johanna Faulhaber, Barbro Dahlgren, Román Piña Chan, Pedro Armillas, Moisés Romero–, encargados de impartir las materias de Arqueología, Etnología, Antropología, Lingüística, etcétera. Semejantes profesores dieron a numerosas generaciones –entre ellas la de Eduardo Matos– la oportunidad de acercarse al panorama de dichas ciencias sociales, en específico la Arqueología, así como a su desarrollo en México.

Tales son algunas de las fuentes en que Matos bebió todo un caudal de conocimientos, los cuales no ha cesado de aplicar a lo largo de su provechosa trayectoria académica. Desde sus primeros pasos, con sólida formación basada en grandes maestros y pensadores, Eduardo Matos se ha movido cómodamente dentro de una visión panorámica de la Arqueología.

Sirva de ilustración la referencia que el propio Eduardo Matos hizo en alguna ocasión acerca del libro *Mesoamérica*, publicado en 1960 por Román Piña Chan. Aludió a la gran trascendencia de esa obra, por cuanto su contenido involucra una visión más sociológica e histórica aplicada a la Arqueología, con el fin de entender y explicar, desde nuevas perspectivas, el devenir de los pueblos y sus artefactos. Estos son, entre muchos más, algunos motivos de las investigaciones de Matos.

Dicho de otro modo, los procesos que he venido señalando cuajaban poco a poco en el inquieto espíritu inquisidor de Eduardo. Asimismo fue la época en que salió, bajo la tutela de Piña Chan, a trabajar a Comalcalco, y más tarde asistió con Raúl Pavón Abreu a Bonampak. Siguió otras temporadas de labor arqueológica, otras experiencias y otros aprendizajes. Y mientras aprendía y aprehendía las múltiples facetas del quehacer arqueológico, su peculiar carácter crítico y sentido del humor se perfilaban nítidamente.

Ahora bien, conviene regresar al más amplio marco en que Eduardo Matos inició el desarrollo de sus facultades profesionales.

A la mayor presencia del marxismo a lo largo de la década de los sesenta en instituciones como la ENAH, se unieron en forma rápida otras ideologías dentro del campo de las ciencias antropológicas. Me refiero al estructuralismo de Lévi-Strauss y las diversas propuestas interpretativas de Althusser y Gramsci, entre otros. Así, los campos de análisis de la Arqueología, la Etnología, la Lingüística y la Antropología toda se volvieron los campos de batalla de distintas corrientes y modelos interpretativos. Y Eduardo Matos abrevó en ellos.

Según estas nuevas herramientas intelectuales —y también de acuerdo con la opinión de Matos—, dos autores brillan de manera especial. El primero es

Thomas Binford, quien planteó los fundamentos de la que se dio en llamar "Nueva Arqueología"; el segundo es Luis Lumbreras, con su libro *La arqueología como ciencia social*, en el que revaloraba el quehacer arqueológico a la luz de las corrientes en boga. Ambos especialistas ofrecieron, así, nuevo giro a los estudios arqueológicos y antropológicos en general para hacerlos "más científicos", en una búsqueda afanosa de equipararse a las "Ciencias Duras".

El trabajo de campo experimentaba, al unísono con la teoría, los destacadísimos logros en el Valle de Tehuacán y en la gigantesca Teotihuacán, con Richard Mac Neish y René Millon, respectivamente, a la cabeza. Pero los avances no sólo se dieron en lo concerniente a las excavaciones; también la conocida como "Arqueología de superficie" empezó a sentar sus reales en la pesquisa de las grandes explicaciones del pasado prehispánico. El énfasis cayó en la extensión de los asentamientos humanos, su patrón distributivo y varios aspectos más que sobrepasaban a la Arqueología hasta entonces considerada tradicional.

Y a la par de esos logros científicos hubo otros que reencaminaron los estudios superiores. En 1968 surgieron distintos movimientos estudiantiles en el mundo, entre cuyas múltiples consecuencias se deben incluir al menos dos. Por un lado, se hizo una nueva búsqueda del para qué y para quién habían de servir las diferentes disciplinas sociales y humanísticas. Por otro, se tuvo la urgente necesidad de que las llamadas ciencias sociales fueran "verdaderas ciencias".

Sin embargo, las respuestas a las inquietudes no siempre fueron óptimas. En muchos casos, los entonces llamados "autogobiernos" estudiantiles en universidades y escuelas superiores negaron a los autores clásicos y los

modelos teóricos o explicativos, de suerte que muy pocos se salvaron de ser juzgados como "reaccionarios". Y las ciencias humanas, si se quiere llamarlas así, sufrieron cierto estancamiento que todavía permea su estudio entre las jóvenes generaciones: aún se les nombra "disciplinas" —es decir, no han alcanzado la categoría de "ciencias"—; y se discute, como hace más de treinta años, el por qué, el para qué y el para quién de ellas; y —lo que es peor— se sigue hablando de autores "reaccionarios".

Para esa época Eduardo Matos ya había egresado y se afianzaba dentro de la vida profesional, en el lugar adquirido, tan pronto como 1960 (al año de comenzar sus estudios en la ENAH.), en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. A lo largo de una singular trayectoria académica, Matos no sólo se ha caracterizado por llevar a buen término las incontables tareas arqueológicas en que ha participado o que ha dirigido. Con igual entusiasmo y particular profundidad se ha adentrado en el conocimiento de las diversas sociedades mesoamericanas según sus restos arqueológicos y los resultados de otros especialistas y colegas.

Nadie ignora que Eduardo Matos —así lo ha expresado sin fin de ocasiones— admira a Manuel Gamio y a Román Piña Chan. De los dos refiere no sólo sus quehaceres como arqueólogos, también su calidad de hombres a quienes puede calificarse de grandes maestros. El primero en cuanto humanista en el sentido prístino de la palabra: alguien que además de su trabajo especializado se interesaba en otras ciencias para provecho del género humano. El segundo por su incansable ánimo profesional y educador, pues no sólo enseñaba en las aulas o con libros, sino también con ejemplos.

Considero adecuado detenerme un poco en el caso de Manuel Gamio, debido al hondo significado que reviste para Eduardo Matos.

Gamio definió, en el decenio de 1920, a la Arqueología como una ciencia que debía encaminar su aporte al completo conocimiento de una determinada población bajo análisis. Mas el estudio habría de hacerse reuniendo, de manera indisoluble, teoría y práctica, mientras que el enfoque giraría hacia la definición de una cultura nacional. Por ello Gamio consagró sus esfuerzos tanto a la Arqueología como –a partir de la segunda mitad de los 1920– al estudio de temas sociales, con atención singular sobre la precaria existencia de los grupos indígenas.

La magna obra que Gamio emprendió, apegada a este ideal, es *La población del Valle de Teotihuacán*. La figura señera de Gamio se agranda por tal obra, sin embargo no ha tenido fieles seguidores, pues los modernos estudiosos no suelen transitar por la ruta marcada ni la enriquecen siempre. Con ello me refiero a que México sigue necesitado de conocerse cabalmente, de justipreciar teoría y praxis, como Manuel Gamio –primero– y Eduardo Matos –después– han señalado en su oportunidad.

De hecho, me atrevo a decir que Matos Moctezuma es, a la luz de sus numerosas obras arqueológicas y escritas, uno de los escasos propugnadores de los pasos señalados por Gamio tiempo atrás. De entrada, ha considerado la relevancia del trabajo multidisciplinario en la realización del gran Proyecto Templo Mayor, apegado a esos ideales de Gamio por analizar los fenómenos del pasado bajo la luz de un estudio integral y revelador no sólo de dicho pasado, sino también frente al compromiso social de mejorar las condiciones de la sociedad moderna en su conjunto. Por ello, ^{anexas} junto a las labores propias del arqueólogo se miran descripciones pormenorizadas de los hallazgos; como autor escribe y edita libros, resúmenes, compilaciones, críticas, comentarios y reflexiones por demás interesantes acerca del pasado prehispánico.

Pone, lado a lado, las propias excavaciones arqueológicas y las reflexiones, explicaciones y opiniones, tanto suyas como de quienes le han precedido, por ejemplo Pedro Armillas, Ignacio Bernal, Pedro Carrasco, Alfonso Caso, Manuel Gamio, José Luis Lorenzo y Román Piña Chan. En este sentido conviene citar, a modo de ejemplo, la coincidencia teórica que Matos establece con Armillas acerca de la periodificación prehispánica como un desarrollo progresivo con crisis y regresiones; de ahí que Eduardo Matos elabore una propuesta para considerar a Mesoamérica como un conjunto definido, desde el Preclásico, sin "cambios esenciales" pero enriquecido por cada cultura a lo largo del tiempo y del espacio mesoamericanos (Matos, 1993: 44-45).

Nociones similares brincan en cada página de obras como *Muerte a filo de obsidiana* (1978), *El Templo Mayor de México* (1981), *Los dioses que se negaron a morir* (1986), *Breve historia de la arqueología en México* (1992) y *Las piedras negadas* (2003, 1ª reimp.), además de artículos como "Cincuenta años de arqueología en México" (1992), "Los mexica... y llegaron los españoles..." (1994) y "Descubridores del pasado en Mesoamérica" (2001).

Pero además divulga sus conocimientos, ante el público lego, por medio de opúsculos y charlas. Esta labor, cara a Eduardo Matos desde sus mocedades, se percibe en la forma misma en que se dirige a su auditorio, pues a la erudición de los datos auna la claridad de las frases y un muy peculiar sentido del humor, como dije antes. Y en sus textos escritos –como los ya mencionados y muchos más– no abandona ambos rasgos, que ya se le han vuelto como una firma indeleble y fácilmente reconocible.

III. *El quehacer y la reflexión fructíferos*

Estas múltiples labores cobraron mayor impulso cuando, en 1978, Eduardo Matos fue nombrado director del Proyecto Templo Mayor. Entre ese año y 1982 se dedicó por entero, junto a numerosos alumnos y colaboradores, al gran Proyecto Templo Mayor, que fue uno de los pocos a los que el Estado mexicano otorgó seguimiento y apoyo continuos. Las labores de excavación se han cumplido, mientras que la fase relativa a la interpretación marcha adelante.

Los impulsos al proyecto no han cesado, debido al reconocimiento internacional que merece el trabajo en el Templo Mayor de México. A ello debe sumarse que se trata de la labor conjunta de un equipo multidisciplinario del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Ahora bien, Eduardo Matos se inclinó desde temprano por ahondar en el conocimiento de esa sorprendente cultura –la nahua, y en específico los mexica– que, en menos de 100 años logró situarse como una de las más pujantes y poderosas de Mesoamérica. Para eso ha conjuntado Arqueología e Historia.

Los intereses de Matos han abarcado varios temas de estudio, que giran en torno al eje central de los ombligos cósmicos y la revitalización de variados mitos, por ejemplo el de Coyolxauhqui y la muerte. Este último –tan reiterado entre los nahuas– lo enfoca en distintas obras, tanto en su aspecto fenoménico como conceptual, y se vuelve hilo conductor del binomio dialéctico vida-muerte en el Templo Mayor; así, al terror a la muerte se une su valor revitalizador. Y, en palabras de Matos, la muerte analizada, comprendida y matizada le es muy simpática.

Bajo otros rasgos, Matos se ha preocupado por desechar la imagen popular y falsa del arqueólogo y de la Arqueología que pueden tener los legos, sea por medio del turismo o de la aventura cinematográfica. A veces se ha

referido a esta situación como si se tratase de Indiana Jones. La investigación emprendida por Matos acerca de las sociedades antiguas tiene por finalidad, ante todo, conocer temas, y luego se interesa en difundir lo que hace. Por ello es que hoy Matos profundiza, con parsimoniosa curiosidad, en la casa del hombre antiguo, en su concepción cosmogónica. Busca conocer ese tiempo pasado y cómo el hombre lo enfrentó, raíz de los trabajos arqueológicos mismos.

Es así que las pesquisas de Matos lo han llevado a compenetrarse en el desarrollo de la Arqueología en México. ^{la ciudad}

Sabemos bien que los inicios no fueron fáciles, debido a numerosos factores que –por lo pronto y aquí– no tienen cabida. Baste decir que los hallazgos de la Plaza Mayor, Coatlicue y la Piedra del Sol, marcaron el reencuentro de un pueblo con su historia. La conciencia novohispana se enfrentó a obras creadas en un pasado no muy remoto pero sí olvidado y menospreciado en sus herederos. Sin embargo, era un pasado digno de conocerse y explicarse bajo las modernas tendencias de aquel entonces. Surgió, en consecuencia, el deseo de acercarse a los antiguos pobladores de México, cuyas obras ^{objetos} empezaban a salir a la luz al cabo de 250 años de silencio y de negarse a morir. Y las obras, las creaciones, hablaban de un rico, aunque incomprendido, desarrollo histórico.

El hombre, asunto bien sabido, es creador por excelencia. Crea cultura. Inventa sin fin de objetos e ideas con la meta de perpetuarse y trascender más allá de su existencia. Y a la vez que vive en un espacio y se desenvuelve en un tiempo específicos, el hombre establece medios de control de tiempo y espacio; intenta domesticarlos. Por ende, el ser humano los transforma, ejerce, con sus sociedades, acción sobre ambos: los vuelve históricos.

Y aquí para Eduardo Matos la Arqueología se confunde con la Historia en buena lid. Ambas cuentan al espacio y al tiempo como dos categorías fundamentales. A lo largo de sus obras, Matos deja traslucir que corresponde al arqueólogo y al historiador ^{recuperar} ese pasado y tratar de entenderlo desde la perspectiva del momento propio del estudioso.

Sin embargo también establece límites y "lleva agua a su molino". Así, en sus palabras, la Historia se construye, principalmente, con documentos escritos; el historiador accede al pasado a través de esos documentos. Vieja noción de cuño decimonónico pero que no está del todo alejada de la realidad del estudioso. Lo importante —más allá de discutir las cualidades de ese concepto— es que a Matos le da la pauta para regodearse al definir su quehacer profesional: la Arqueología.

Ésta es, para Eduardo Matos, una ciencia cuya jurisdicción cae dentro del pasado más remoto del ser humano. Por cuanto la Arqueología se enfrenta a las obras mismas del hombre en el instante de su hallazgo, las más de las veces sin ayuda de documentos escritos, es que logra esa honda compenetración. Mas la Arqueología no está sola. Para lograr sus objetivos en modo conveniente, recurre además a diferentes ciencias, por ejemplo la Geología, la Química o la Biología. Esta circunstancia la hace una disciplina plural y universal, donde abundantes especialistas tienen cabida.

Y como si estuviera insatisfecho con esa definición, Matos ha señalado también otros matices. Concibe a la Arqueología en tanto constituyente de la Antropología; y, con los ojos vueltos sobre México, esta concepción se asimila a la propuesta de Gamio. Se trata, pues, de una ciencia que debe aportar conocimientos teóricos y prácticos en forma integral: si unos y otros permanecen aislados en los ámbitos de los especialistas, entonces no conllevan

al bienestar de los pueblos. Sólo en la aplicación cotidiana podrá hacerse frente a las necesidades sociales de nuestro país, que requieren tantas y tantas respuestas.

Las reflexiones de Matos no paran aquí, ya que cubren dos aspectos complementarios: el teórico y el tecnológico.

Acerca del primero, de acuerdo con sus preocupaciones y análisis, parecería que el grande y verdadero aporte de México a la teoría de la ciencia antropológica –y por tanto arqueológica– se ubica más en la historia que en la realidad de la investigación integral. Es decir, se sitúa más en el campo de la historiografía antropológica y se distancia de la conjunción cabal de teoría y práctica.

Matos lo afirma con conocimiento del quehacer intelectual. Es por demás sabido que durante el siglo XX diversas corrientes de análisis arqueológico (e histórico y antropológico) han surgido, continuado o venido a menos, cada una con su propio enfoque aproximativo e interpretativo del pasado. Sus nombres son numerosos: arqueología marxista, estructuralista, etnoarqueología, nueva arqueología, vieja arqueología, arqueología contextual, postprocesual, etcétera. Y diversos son sus plazos de vida: algunas se desecharon más pronto que otras; otras se fueron en silencio, mientras que algunas cayeron con estrépito, ~~como sucedió con la arqueología marxista al caer el comunismo entre 1985 y 1991.~~

Y no debe olvidarse que esos modelos explicativos van de la mano, en el caso particular de la Arqueología, de las técnicas de estudio. A lo largo del tiempo se han perfeccionado nuevas y diversas, para obtener, con mayor rigor, los datos del pasado.

Formas de pensamiento al fin, todas surgen y acaban también con sus creadores, los hombres. Teorías y técnicas entran en crisis y son severamente criticadas. Sin embargo, todas ellas agregan algo al campo de la Arqueología gracias a la crítica misma. Ésta sigue siendo una herramienta formidable e indispensable para aproximarse a ese pasado, aunque muchas veces se haga a un lado. Por eso es que las posturas teóricas conservan su valor: son otras tantas intenciones de interpretar el tiempo recuperado por la Arqueología y la Historia.

Bajo las luces previas, se comprenderá por qué Matos eligió un camino donde Arqueología e Historia convergen: el problema de entender la cultura náhuatl, en concreto la mexicana. A la vez de arqueológicas, dejó evidencias escritas gracias a los conquistadores, frailes y nahuas aculturados del XVI. Con esto podría poner en práctica sus afanes y conocimientos, para aproximarse a la comprensión de semejante y admirable pueblo.

IV. Comentarios finales

A sus propias palabras Eduardo Matos ha unido las de quienes le han precedido y les ha sabido dar nueva luz. Toma de múltiples corrientes de pensamiento aquellos factores que más frutos pueden proporcionar y los aplica a su objeto de estudio.

En el caso concreto de los mexicanos, cultura de interés central de Matos, le preocupa sobremanera adentrarse en el conocimiento integral, completo, de esa sociedad. Llega, en tiempos recientes, a la conjunción pluridisciplinaria de variados documentos para explicar los intrincados lazos del profundo sentir ideológico (más allá de las manifestaciones cruentas del ritual) con la política, la economía, la organización social y el arte.

Para Matos la ideología aparece, entonces, como fenómeno dialéctico en el que la sociedad se mantiene cohesionada y es capaz de reproducirse gracias al desarrollo de la cultura misma.

Y en múltiples ocasiones, aun sin proponérselo en modo conciente, da cumplida respuesta a mitos creados en torno a la comprensión parcial y manipuladora del pasado antiguo de México. Tales son, por ejemplo, los todavía vigentes de la Leyenda Negra, de la existencia de nacionalismos burdos y del enarbolamiento a ultranza de tendencias "aztequistas" obtusas, imperialistas y excluyentes de otros grupos indígenas.

Dicho de otro modo, las búsquedas de Eduardo Matos se dirigen a colocar, en su justa dimensión humana, a aquellos hombres que alguna vez ocuparon Mesoamérica. Así, el quehacer profesional de Matos tiene dos vertientes complementarias: la arqueológica y la historiográfica, que en su pluma adquieren matices sutiles y reveladores.

Se trata, a no dudar, de la herencia de épocas álgidas y de combates en favor de la humanidad. "Combates por la Historia", diría Lucien Fèbvre; mientras que Eduardo Matos expresaría: "Un pueblo que no se conoce a sí mismo, difícilmente puede conocer otras cosas". En tal suerte, la ciencia, para Matos, cumple una función vital: servir para adquirir conciencia.

Y es con tales nociones y argumentos —aquí sintéticamente expuestos— que Eduardo Matos define a la Arqueología como "una moderna máquina del tiempo que nos permite dar vida a lo muerto". Es, pues, una ciencia pluridisciplinaria que penetra en el pasado más lejano de la humanidad y, con ello, pone frente a frente al hombre con la obra del hombre y con el hombre mismo.

Eduardo Matos Moctezuma cumple, en breve, con aquellas palabras del salmista: *Sic ut cervus aquarum desiderat fontes*—"Así como el ciervo desea de las aguas las fuentes"—. Inquieta en el pasado humano, lo indaga y lo cuestiona para comprenderlo, aprehenderlo y compartirlo. No en vano hoy se le rinde merecido homenaje.

Obras consultadas

LEÓN Y GAMA, Antonio de y Carlos María de BUSTAMANTE,

1990 *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza principal de México se hallaron en ella el año de 1790*, facs. de la 2ª ed. (1832), Eduardo MATOS MOCTEZUMA, ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GAMIO, Manuel,

1972 *Arqueología e indigenismo*, Eduardo MATOS MOCTEZUMA, ed., México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 24).

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo,

1965 "El adoratorio decorado de las calles de Argentina", en: *Anales del INAH*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia: XVII, pp. 127-138.

1978 *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*, 2ª ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1979 "Las corrientes arqueológicas en México", en: *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, bimestral, México, DICESA, diciembre, año III, no. 12, pp. 7-25 (Arqueología e Ideología).

1981 *El Templo Mayor de México. Crónicas del siglo XVI*, México, Asociación Nacional de Libreros, A.C.

1986 *Los dioses que se negaron a morir... Arqueología y crónicas del Templo Mayor*, México, Secretaría de Educación Pública (Cien de México).

1992a "Cincuenta años de arqueología en México", en: *Cultura mexicana, 1942-1992*, México, Seminario de Cultura Mexicana, pp. 225-278.

1992b *Breve historia de la arqueología en México*, México, Secretaría de relaciones Exteriores.

1993 *Tríptico del pasado. Discurso de ingreso a El Colegio Nacional*, México, El Colegio Nacional.

- 1994 "Los mexica... y llegaron los españoles...", en: Olga SÁENZ GONZÁLEZ, coord. gral., *México en el mundo de las colecciones de arte*, México, Grupo Azabache, vol. 2, pp. 179-243.
- 1998a *Mesoamérica antigua*, México, Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (Colección ¿Ya LeISSSTE?, Biblioteca del ISSSTE).
- 1998b *Proyecto Templo Mayor. Memoria gráfica*, México, Museo del Templo Mayor, INAH.
- 2000 *El milenio teotihuacano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y la Artes/México Desconocido.
- 2001a "Descubridores del pasado en Mesoamérica", en: *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM, p. 15.
- 2001b "Teotihuacan", en: *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM, pp. 255-268.
- 2001c "Tula de los toltecas", en: *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM, pp. 315-322.
- 2001d "Un poco de historia", en: *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM, pp. 19-23.
- 2002a "El Templo Mayor de los aztecas", en: Eduardo MATOS MOCTEZUMA, et al., *Aztecas*, Madrid, Turner Libros, pp. 48-55.
- 2002b "El Templo Mayor de Tenochtitlan", en: Eduardo MATOS MOCTEZUMA, et al., *Aztecas*, Madrid, Turner Libros: 275-320.
- 2003 *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, 1ª reimp., México, Consejo Nacional para la Cultura y la Artes (Lecturas Mexicanas, Cuarta Serie).

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Felipe SOLÍS OLGUÍN,

- 2002 "Introducción", en: Eduardo MATOS MOCTEZUMA, et al., *Aztecas*, Madrid, Turner Libros, pp. 14-21.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, et al.,

- 1995 *Dioses del México antiguo*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM.
- 2001 *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso/UNAM.
- 2002 *Aztecas*, Madrid, Turner Libros.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, ed.

- 1995 *La Pirámide del Sol, Teotihuacan (Antología)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto Cultural Domecq.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, coord.,

- 1999 *Excavaciones en la Catedral y el Sagrario metropolitanos. Proyecto de Arqueología Urbana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Obra Diversa).